

EL INCREDIBLE L. B. J.

Arriba, el Presidente Lyndon B. Johnson despachando asuntos de gobierno con sus colaboradores. La jornada de trabajo es para él muy larga. A veces sobrepasa la medianoche. A la derecha, el Presidente pronunciando un discurso.



EL Presidente entra en una habitación lenta y cautamente, como si quisiera olfatear la fidelidad de todos los que están en ella. Es un hombre corpulento, de movimientos pesados, de seis pies de altura, con cierta barriga, y parece un hombre con vigor físico excepcional. Tiene un débil aspecto de promotor de tumultos.

La cara es poco atrayente: las orejas son grandes, con lóbulos largos y colgantes, la frente es una masa de complicadas arrugas, la boca es una línea recta. Viste como un hombre que ha dicho al mejor sastre de la ciudad que le equiepe como a un pilar de la Cámara de Comercio. Cuando le estrecha a usted la mano, le dirige la sincera mirada del político justamente entre los ojos. Sus modales son reprimidos. Generalmente su voz es casi un susurro, con un cerrado acento sureño. Después, se recuerdan principalmente sus ojos, severos e implacables bajo los párpados caídos.

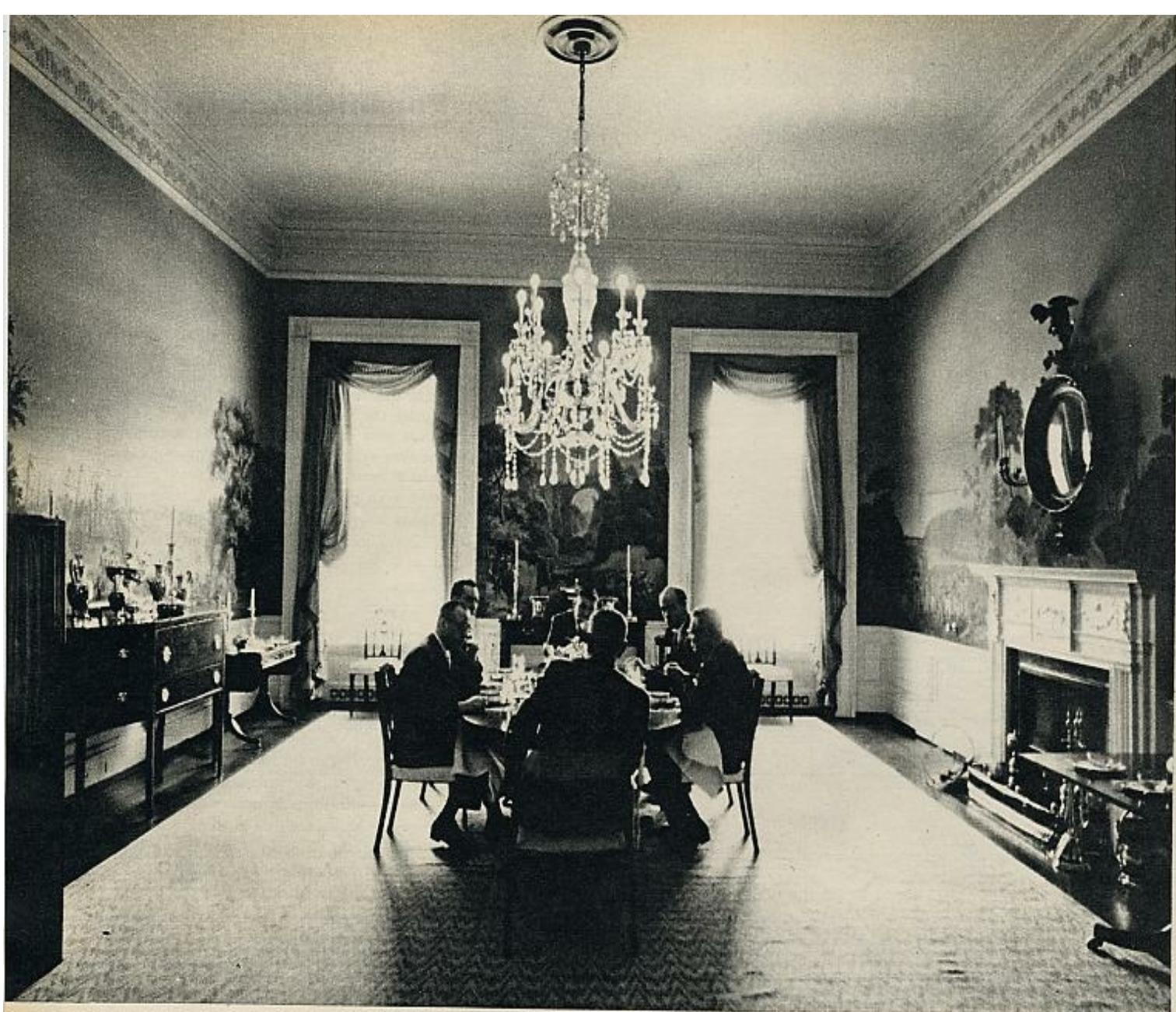
Es uno de los más fascinantes seres humanos que hayan llegado jamás a la Presidencia de los Estados Unidos. Es más interesante, por ser mucho más lejano y complicado, que Kennedy. Conocerle es sentirse atemorizado y excitado. Es pura y agresivamente norteamericano, el primer producto declarado de la frontera norteamericana que se ha impuesto en el cargo desde que Andrew Jackson llegó del Oeste, con su largo pelo blanco y su conversación centelleante, para derrotar la Brigada de los Guardias en la batalla de Nueva Orleans y convertirse en el primer Presidente del pueblo.

El «viejo Lyndon», del pobre y mugriento país montañoso que constituye la parte central de Tejas, es ahora un hombre poderoso. Bajo su mando tiene los poderosos aviones de alas inclinadas, los proyectiles cohetes de numerosas denominaciones, los ingenios nucleares, los silenciosos submarinos con Polaris, decenas de millares de resueltos soldados norteamericanos, el gas, los teléfonos controlados. Es el **SIGUE**

A estas alturas el mundo cree poseer una opinión acerca de la personalidad de Lyndon B. Johnson, presidente de los Estados Unidos de América.

A lo largo de dos años ha ido revelándose desde la grisácea y vaillante imagen del desconocido que sucedía al brillante y neto John F. Kennedy en la Casa Blanca, hasta ese perfil de tan enérgico trazo del hombre de la "escalada" en el Vietnam y de la intervención en Santo Domingo. Creemos conocerle y, por lo tanto, nos atrevemos a opinar sobre sus acciones. Pero ¿coincide nuestra opinión con su personalidad real? Michael Davie ha escrito un amplio informe en torno al hombre que dice de sí mismo "Yo soy el jefe de Occidente". Este informe es el que comenzamos a publicar en este número y lleva por título "El increíble L.B.J." Davie no trata en él de analizar la política de Johnson ni de revelar secretos diplomáticos. Su objetivo es más modesto pero mucho más interesante. Lo que nos entrega es un enfoque múltiple, de una agudeza y penetración excepcionales, de la personalidad humana del Presidente. El documento que ofrecemos a nuestros lectores es sin ninguna duda el más ambicioso, el más sincero, el más inteligente intento realizado hasta ahora de explicar las contradicciones, la energía, las dudas, las debilidades, la fé de Lyndon B. Johnson, ciudadano de Tejas y centurión de Occidente.





Johnson suele tener invitados todos los días a la hora del almuerzo. Abajo, Carl T. Rowan, un negro, jura el cargo de director de la U. S. I. A. ante el Presidente. A la derecha, una de las primeras tareas del primer magistrado norteamericano es leer los principales diarios del país deteniéndose sobre todo, en los editoriales.

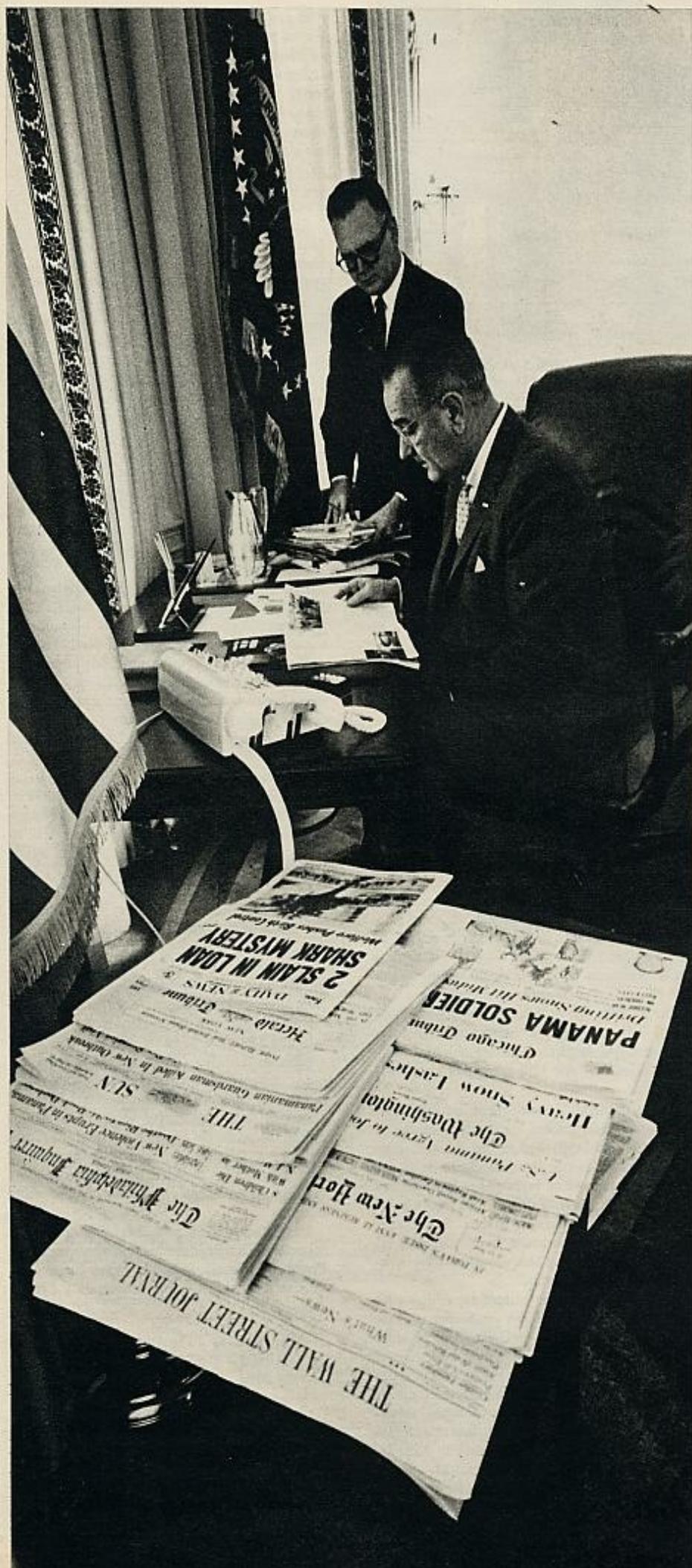
amo del botón. Es el amo de nuestra vida y nuestra muerte.

Domina a la nación. Puede despedir mañana al más famoso de sus subordinados: el secretario McNamara, el secretario Rusk, el ayudante especial Bundy... y difícilmente protestaría algún miembro del Congreso. Cada día que pasa en el cargo, se revela una nueva capa de su misterioso y formidable carácter. Ninguna fórmula periodística puede definirle. Washington está obsesionado con él, y a medida que la guerra se desarrolla en Asia, más se desarrolla también la obsesión. Nadie está seguro de la clase de hombre de que se trata, pero, por debajo de las preocupaciones, empieza a crecer el sentimiento de que Johnson puede ser un gran Presidente.

Al principio, la atmósfera de la Casa Blanca parecía más normal que vista desde fuera. Las secretarías charlaban por teléfono —«era una novia verdaderamente encantadora...»— mientras que un hombre pascaba arriba y abajo con dos de los perros del Presidente, un sabuco llamado «Him» y un pastor llamado «Blanco», por su color. Las muchachas mimaban a los perros y los acariciaban, quedando llenas de pelos.

Pero pronto las peculiaridades del hombre del gran despacho comenzaron a irradiar al exterior. En primer lugar estaba su tosquedad. Se mete el





L. B. J.

dado en la nariz. Es capaz, cuando está repantingado en una silla, de llevar la mano a la ingle, súbitamente, para aliviar la presión de sus pantalones. Cuando discute los más altos asuntos del Estado, puede emplear imágenes sexuales directas, sorprendentes e irreproducibles. Su fraseología es de una clase no generalmente relacionada con la Presidencia de los Estados Unidos.

A un periodista que inició su entrevista con una cuestión trivial le dijo: «¿Para qué viene usted a preguntarme a mí, el jefe del mundo occidental, una niñería como ésta?». Cuando el apuesto y digno secretario de la OTAN, el italiano Brosio, le hizo una visita, el Presidente le llevó al Mando Estratégico Aéreo, en Nebraska. Al volver en el avión, el Presidente, con su expansividad característica, invitó a los periodistas que les acompañaban a entrar para hablar con Brosio. Cuando los informadores se acomodaron y comenzaron respetuosamente a preguntar al distinguido huésped, el Presidente se levantó y dijo: «Voy a hacer un pipí».

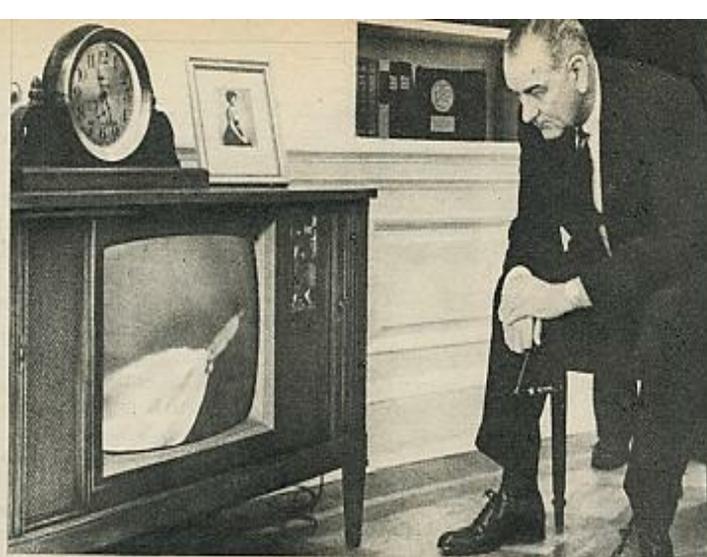
Están también las historias acerca de cómo trata a sus subordinados. «Concentra una energía tan grande en su interior —explicaba un miembro del personal de la Casa Blanca— que algo tiene que salir fuera». Cualquiera que esté cerca, hombre o mujer, recibe la rociada. «Es capaz de atontar a cualquiera: literalmente a cualquiera».

Algunos miembros de su personal se consuelan con la idea de que un rapapolvo presidencial demuestra que tiene confianza en ellos. Una de las más importantes personalidades que rodean a Johnson animaba recientemente a una de las últimas víctimas diciéndole en tono amistoso: «Bienvenido al club». Alguien ha dicho: «Creo que al Presidente le daría lo mismo si todos nosotros fuésemos conocidos por números».

Es típico de Johnson el que nadie esté seguro de si sus cóleras son incontroladas o no. Algunos aseguran haberle visto ponerse furioso, luego interrumpir su indignación para hablar tranquilamente por teléfono y después dar curso de nuevo a sus vociferaciones. Le comparan con un hombre que tiene que escribir cartas furiosas para tirarlas al cesto. Ciertamente, y nadie lo niega, el Presidente se descompone. Uno de sus más directos colaboradores atribuye todas sus descomposturas y sus extravagancias a que se siente incómodo en Washington. «Después de treinta años de diputado y senador no se ha acostumbrado a todo esto. Desde el principio se sintió extraño y sigue sintiéndose. A veces, y ya en la Presidencia, se cree un desgraciado».

El poder de persuasión de Johnson no tiene rival. «Cada vez que le veo —se quejaba un periodista hace poco— me convence de que suprima seis columnas de texto». El Presidente cree que los hombres no se mueven por argumentos sino por influencias. Así, rara vez argumenta. Enfrentado con alguien que le critique sacará a relucir a otras personas que censuran su actuación y lo hará en tono lastimero, quejándose por las muchas cargas que ha de soportar, de modo que el crítico se encuentre inconscientemente arrastrado a ponerse a su lado. También puede emplear el desaire directo. A un embajador que empezó a hablarle del conflicto del Vietnam, le dijo: «¿Cuántas tropas tienen ustedes en Vietnam?». Se cuenta también cómo recibió al senador Frank Church, de Idaho, uno de sus críticos, en una reunión. Le puso un brazo alrededor de los hombros y le dijo: «Frank, ese discurso suyo no me ha gustado». «Lo siento, señor Presidente, los titulares exageraban mis palabras». «Los titulares fueron lo único que yo leí, Frank, y lo que todo el **SIGUE**

Arriba, Johnson presencia por televisión el lanzamiento de los cosmonautas desde Cabo Kennedy. El Presidente asesinado en Dallas legó su nombre a esta base de lanzamientos. A su sucesor en la Casa Blanca le legó su famosa mecedora. Johnson ha dicho: «La política de la mecedora ha terminado».



mundo lee». «Sin embargo, yo no iba más lejos que Lippmann». «Muy bien, Frank, la próxima vez que se necesite un embalse en su Estado, será mejor que se dirijan ustedes al señor Lippmann». Otras veces busca comprensión: «Estoy haciendo todo lo que puedo». Pide a los senadores que le envíen informes privados en vez de hacer discursos. Cuando el «New York Times» publicó un editorial crítico, telefonó al redactor-jefe y le preguntó qué haría él en su lugar. «Acerca de Vietnam —decía una persona que se ha entrevistado con él recientemente—, le hace a uno tener la impresión de que está desafiando la tempestad por el bien de la justicia. Le dan a uno ganas de echarse a llorar ante su generosidad».

Relacionado con el sentimiento de inferioridad de Johnson entre la aristocrática sociedad de Washington está su abierto deseo de ser amado. Quiere que todo el mundo vote a su favor en todo momento y es sensible a las críticas de una forma anormal. Enfrentado con una súbita rociada de reproches por parte de la prensa de la costa oriental, su reacción inmediata fue consultar los resultados electorales: los periódicos podrán despreciarle, pero el 63,5 por 100 del pueblo le ama.

Lucha continuamente contra la inherente soledad de su posición. En la época de Kennedy, las habitaciones de la familia en «The Mansion» —el bloque central de la Casa Blanca que aparece en las fotografías— eran estrictamente privadas. Actualmente cualquiera puede entrar en ellas.

Johnson dio una fiesta a los miembros del Congreso y a sus esposas y más tarde ofreció otra a los secretarios de los miembros del Congreso. Considera las oficinas para la prensa dentro de la Casa Blanca como una prolongación de su propio despacho. Se pasea por todas partes. Recientemente, salió del jardín de la Casa Blanca y entró en el Departamento de Comercio, donde hizo un discurso improvisado ante los que allí se encontraban sobre la importancia del Departamento. Le gusta mezclarse con la gente y recupera su entusiasmo al observar la emoción de aquellos con quienes habla. No hace mucho tiempo se metió a curiosear entre un grupo de turistas, dejando asombradas a unas universitarias de Tejas que cantaron en su honor.

Su orgullo es tan sensible como una llaga. Uno de sus servidores personales, Jack Valenti, hizo en una ocasión un discursito en el que se refería al Presidente como «un hombre cultivado», citando ejemplos de su «extraordinaria diplomacia», y diciendo que «el Presidente, gracias a Dios, tiene glándulas suplementarias». Washington se sintió avergonzado, pero el Presidente estimó que el tono era el adecuado.

Recientemente, el Presidente fue a Kansas City, y telefonó al ex presidente Truman invitándole a desayunar juntos el día siguiente a las siete. «¿Por qué tan tarde, Lyndon?», preguntó Truman. A la mañana siguiente, Johnson se levantó al amanecer y salió a dar un rápido paseo por la

ciudad, de forma que pudiera estar en los escalones de entrada del hotel cuando llegase Truman y presumir de que llevaba horas levantado. Truman tiene 81 años.

Nadie puede estar completamente seguro de si todo esto es importante para un asunto tan serio como es la Presidencia. Los admiradores de Kennedy, que todavía no pueden creer que aquellos hermosos años han pasado para siempre, y que encuentran a Johnson grosero y torpe, alegan que sí que es importante. Creen que los errores políticos del Presidente son consecuencia de sus defectos personales. Les preocupa el que Johnson sea un impulsivo. Sin embargo, los antiguos camaradas de Johnson, así como los miembros de su personal, no están de acuerdo con esto. «No creo que Lyndon haya hecho nada en su vida impulsivamente», decía un viejo amigo suyo. Y los que le conocen explican determinados episodios que exteriormente pueden parecer frutos de su impulsividad en términos que dejan claro que no es así. Esto sucede cuando se habla de su negativa a enviar al vicepresidente al entierro de Churchill; del cancelamiento de la invitación al Jefe del Gobierno de la India, Shastri, para que visitara Washington o de la excesiva reacción ante la crisis de Santo Domingo.

Evidentemente parece indudable que en él se combinan una excepcional energía y una excepcional cautela. Trabaja tan intensamente como pueda trabajar cualquier hombre. Corrientemente se levanta a las 7,30, lee hasta las 10, va a su despacho, almuerza tarde, a menudo duerme siesta (en pijama), y lo normal es que trabaje en su despacho hasta las 10 o las 11 de la noche y, a veces, hasta más tarde. Si está esperando noticias de Vietnam, se despierta a las tres de la madrugada y telefona al piso bajo para saber si hay novedades.

Nunca descansa. Kennedy tenía amigos personales fuera de la política con los que insistía en seguir relacionado. Es dudoso que Johnson tenga alguna idea de lo que significa «fuera de la política». «Cuando va en barca por el lago que hay allá en Tejas, la gente con la que va es gente con la que tiene interés en hablar». A cualquier hora del día o de la noche, en Washington, un teléfono puede sonar y una voz dice: «Soy Lyndon. Tengo un problema».

Pero sus decisiones no parecen ser súbitas a los que le conocen bien. «Tiene pasión por el detalle —explica un hombre—. Quiere conocer todos los detalles y quiere conocer la opinión de todo el mundo». Insiste en adoptar por sí mismo todas las decisiones que puede: un método de conducir los negocios que algunos «johnsonólogos» atribuyen a un sentido de inseguridad. Sus colaboradores han aprendido que ningún detalle es demasiado insignificante para no ser consultado con él. Si la noticia de algún nombramiento, por trivial que sea, llega antes de que él pueda hacer el anuncio personalmente, anula el nombramiento.

Como la manera de trabajar de Johnson afecta a otras personas, a las que convoca cuando quiere, su despacho a veces parece particularmente desordenado. Suele seguir varias conversaciones al mismo tiempo, reteniendo (puede tenerse por seguro) las partes significativas de cada una. Si se aburre con lo que está diciendo alguien, suele coger el teléfono y ponerse a hablar con otra persona sobre un tema diferente o abrir el televisor, que tiene tres pantallas para los diferentes canales, y escuchar atentamente una emisión comercial.

Cuando otras personas intentan conseguir que Johnson haga algo, pocas veces están seguras del efecto que van a producir. Cuando Johnson, en cambio, pone en movimiento a otras personas, sabe exactamente lo que quiere. «Toscanini fue un gran director, ¿verdad? —dice un admirador lírico—. Sabía lo que podía hacer toda la orquesta y también sabía lo que podía hacer un segundo violín. Johnson es igual. Vino a esta ciudad desde Tejas cuando era un muchacho y ha estado trabajando aquí desde entonces. Cuando Eisenhower era presidente, Johnson, gobernando el Senado, era el hombre más poderoso del país. Conoce cada grupo, a cada hombre y sabe exactamente lo que son capaces de hacer». Otro dice: «Su secreto es que sabe las motivaciones de los hombres. Sabe exactamente hasta dónde llegará usted para obtener lo que usted desea».

Pero nada le gusta más que empuñar su viejo bastón y ejecutar un número de prestidigitación legislativa en persona. A primeros de este mes, sus colaboradores, intentando lograr que una disposición legislativa fuera aprobada por la Cámara de Representantes (en este país, donde no hay disciplina de partido, los votos tienen que ser buscados y manejados cuidadosamente como si fueran objetos de porcelana), descubrieron que les faltaban catorce votos. Dijeron a Johnson que la cosa era imposible.

Entonces subió al pódium el viejo maestro. Durante cuatro horas, de siete a once de la mañana, estuvo con el teléfono en la mano en su dormitorio. Cuando salió de allí tenía los votos. «Hablan de engatusamiento y persuasión —dijo en estado de alta euforia— pero esta mañana me los he ganado a pulso».

No es idealista, pero es un hombre de indudable comprensión. Durante años hizo poco por los negros, y, sin embargo, ha comprometido a la Casa Blanca en la causa de los negros mucho más intensamente que su predecesor. Grita a sus colaboradores, y, sin embargo, los defiende a ultranza cuando sus enemigos los critican. Nada le gustaría más que detener la lucha en Vietnam y empezar a construir embalses con cualquiera que quisiese unirse y, sin embargo, está llevando inexorablemente a los Estados Unidos a una guerra terrestre. Desconfía de los banqueros y, sin embargo, los utiliza. Sospecha de los intelectuales de la Costa Oriental y, sin embargo, Bundy, de Harvard, es uno de sus brazos derechos. Fue elegido por una mayoría sin precedentes y, sin embargo, se siente inseguro.

Preguntado por un periodista cómo podría resolver estas complejidades, un viejo compinche del Presidente aconsejó: «Vaya al Oeste. Cuanto más se adentre en el Oeste, más se acercará a Lyndon Johnson».

Copyright by «The Observer» —OPERA MUNDI.—Derechos para España. Agencia FIEL, en exclusiva para TRUNFO.

**PROXIMO CAPITULO:
UN TEJANO 100 x 100**

L. B. J.

